

JOSE DE JESUS IBARRA

De los artistas que la Academia de San Carlos lanzó a la Revolución, uno de los de mayor capacidad combativa fue José de Jesús Ibarra. Oriundo de Jalisco, había nacido para ser conductor de hombres y en muchas ocasiones desempeñó con bríos un papel de líder enterado e impetuoso. Fue brillante en la tribuna y conceptuoso en el periódico. Luchó denodadamente por la Revolución y no tuvo punto de reposo cuando se trató de defender a obreros o campesinos, y a los compañeros que había tratado en los campos de batalla.

Como buen revolucionario, Ibarra tenía como arma para aplastar al enemigo esta palabra clave: intransigencia. Por eso lo odiaron algunos; pero lo quisimos los más.

Reconozco que entre los muertos a que me referí en mi nota necrológica sobre miembros del B.O.I., me faltaron algunos de primera importancia; pero hubiera sido imposible citarlos a todos de una sola vez. Entre los que se quedaron en el tintero, se hallan el general Francisco J. Múgica, líder de las izquierdas en el Constituyente de Querétaro; el pintor Fermín Revueltas, inspirado y genial colorista; el maestro músico Mario Talavera, autor de melodías románticas y famoso humorista que sabía deleitar en regocijadas charlas; el doctor Héctor Pérez Martínez, que en su brillante juventud llegó a escalar elevados puestos en la política nacional; y José de Jesús Ibarra, periodista y orador a quien voy a recordar con mayor extensión.

Sin que pueda precisar en qué población nació, estoy en aptitud de asegurar que José de Jesús Ibarra era jalisciense. Sus amigos le llamaban, por costumbre familiar y por abbreviar su nombre, *Chucho* Ibarra.

Lo conocí en 1911, cuando los estudiantes de Agricultura fuimos a ofrecer nuestro apoyo a los huelguistas de la Academia de

San Carlos. Una comisión de cinco alumnos de Bellas Artes nos recibió en su escuela y después de largas conferencias, en que se discutieron tácticas de lucha, los compañeros que estudiaban para artistas nos invitaron a comer en un restaurante de chinos, en la calle Santa Teresa. La comida no les resultó muy cara: con un huevo valía veinticinco centavos y con dos costaba treinta y siete. Por no ser gravosos a los compañeros, pedimos del menú más económico.

Yo no podría precisar los nombres de los cinco futuros artistas que nos atendieron aquella vez; pero me acuerdo con claridad que, además de Ibarra, uno de los que hablaban con mayor vehemencia era el escultor en cierre Ignacio Asúnsolo. Mi amistad con ellos dos data de aquellas reuniones en que los alumnos de Agricultura fuimos a conferenciar con los de San Carlos, para sostener la huelga contra la dictadura porfiriana. Los movimientos huelguísticos de ambas escuelas, aunque decían ir contra los planes de estudio y los directores de los establecimientos educativos, tenían un fondo político y se llevaron al cabo cuando se iniciaba la efervescencia revolucionaria.

*
* * *

Posteriormente, en 1915, encontré a *Chucho* Ibarra con las fuerzas del general Manuel M. Diéguez. Con Rafael Aveleyra y Francisco Valladares, Ibarra dirigía el diario *Acción*, de Guadalajara. *Acción* era un periódico de combate y órgano de propaganda revolucionaria. Sus páginas aparecían vibrantes, apasionadas y demoleadoras, a tono con la época. Eran los días de tremendas guerras, en que un día la plaza de Guadalajara estaba en poder de los constitucionalistas, capitaneados por Diéguez, y al siguiente entraban las fuerzas villistas, al mando de Julián Medina. Se habían puesto de moda los albazos y los tapatíos se acostaban a veces bajo el dominio de los villistas, para amanecer entre constitucionalistas madrugadores, o viceversa.

Desde que entró en Jalisco, viniendo de su tierra adoptiva, Cananea, el general Diéguez se rodeó de un grupo de jóvenes revolucionarios, con los que formó su Estado Mayor y el personal administrativo del Gobierno de Jalisco. A ese grupo pertenecieron Allende, Amezcua, Robledo, Alfaro, Morán, Soto, Fernandez Somellera, Liekens, Ibarra, Aveleyra, Abitia, Bouquet y algunos más, todos de empuje y con grandes entusiasmos por “la causa”. Los muchachos estuvieron en muchos albazos, pelearon en el cerro del Cuatro y tomaron parte en la sangrienta batalla de Sayula. A ese grupo de

luchadores selectos perteneció *Chucho* Ibarra. Puede afirmarse que todos eran instruidos, valientes y con gran capacidad intelectual. Del Estado Mayor de Diéguez surgieron legisladores, artistas, periodistas y muy buenos oradores. Entre estos últimos figuraron Morán e Ibarra.

Pasaron los años y a *Chucho* Ibarra lo encontré con los discípulos del maestro Ramos Martínez, en la Escuela de Arte de Coyoacán. Sus compañeros eran ahí Raziel Cabildo, Miguel Angel Fernández, Francisco Díaz de León, Fermín Revueltas, el *negro* Ugarte, Amado de la Cueva, Ramón Alva de la Canal y algunos otros futuros artistas. Con ellos iba yo a charlar algunas veces, llevando vandas y refrescos para comer al mediodía. De sobremesa venían las canciones. El *negro* Ugarte tañía la vihuela. Recuerdo su voz, así como las de Ibarra y Díaz de León, entonando los corridos más populares. Con qué emoción decían las sentidas palabras de aquella melodiosa canción con esta letra:

*Aquí traigo un sentimiento
que me agobia y que me mata,
de acordarme de la ingrata.*

.....
*Pobrecita de la palma
con el Sol se marchitó:
así se marchita mi alma
cuando le falta tu amor.*

*
* *

Los grandes artistas que preparó Ramos Martínez para interpretar en sus pinturas los ideales de la Revolución, se acercaban a toda manifestación de lo mexicano y estimaban y aplaudían lo que nuestro pueblo produce: las artes populares, la artesanía, las lacas e instrumentos musicales, los sarapes, la música vernácula, los bailes regionales, etc. Así contribuyeron los pintores a dar personalidad y mayor importancia a lo que surge de nuestra manera de ser. A ellos se debe en buena parte que las nuevas generaciones reconozcan el valor de las pinturas mexicanas, los *ballets* folklóricos y la música regional que se vistió de gala para presentarse en los conciertos, gracias a los maestros que supieron imprimirlle categoría, como Revueltas, Chávez y Moncada.

Ibarra no llegó a consagrarse pintor; pero sí como crítico de la

pintura y del arte en general. Sus mejores arrestos se manifestaron en publicaciones periodísticas y en la tribuna parlamentaria y en el mitin popular. Tenía facilidad de palabra y era conceptuoso en sus disertaciones. Su cultura era vasta, de suerte que frecuentemente intercalaba citas oportunas. Llamaba la atención como eruditó y el calor con que defendía los anhelos populares. Era un gran revolucionario, intransigente y resuelto a la hora de la lucha. Tuvo enemigos; pero sus amigos fueron muchos más, formaron legión. Ibarra discutía los problemas del trabajo con los líderes obreros, que con frecuencia acudían a él para pedirle orientaciones. Era amigo de los campesinos y de los ejidatarios y formó entre los hombres de la Revolución que se enfrentaron al nefasto predominio de la casa Aguirre, de Tepic.

Además de *Acción*, que nació en los días azarosos de la contingencia armada, Ibarra fundó en Guadalajara otro diario, *El Occidental*, que sobrevive todavía. En esta capital, llegó a dirigir con acierto *El Nacional*, que ha sido y es el verdadero intérprete de la Revolución Mexicana, ahora en su período reconstructivo. En el seno del Bloque de Obreros Intelectuales, Ibarra fue de los luchadores más decididos y competentes. Fue estimado por todos y llegó a ocupar la secretaría general del B.O.I.

He dicho antes que *Chucho* Ibarra fue un apasionado de la causa libertaria. Por sostener sus ideas tuvo algunos tropiezos; pero nunca perdió la fe ni decayó su ánimo. Fue admirador y amigo fiel del profesor Basilio Vadillo, a quien siguió en su aventura de Jalisco: figuró entonces a su lado como un eficiente secretario particular. Uno de sus mejores amigos fue el novelista Francisco Rojas González. Por iniciativa de Ibarra, el B.O.I. realizó un homenaje en vida al doctor Pedro de Alba, cuyo panegírico produjo el mismo *Chucho*.

Aunque ostentó una cabellera cana prematura, Ibarra no murió viejo. Cayó en plena actividad, erguido, enérgico y valiente, como había actuado durante toda su larga y fecunda vida.